

# Reproducción

Serie 2ª, Número 14 — 20 de Diciembre de 1919

---

Director:

**Elias Jiménez Rojas**

San José, Costa Rica.

Apartado 230

## SUMARIO

1. *Manifiesto* — FRANCISCO COPPOLA Y ALFREDO ROCCA
2. *De un discurso* — GUILLERMO VALENCIA
3. *Párrafos* — JULIO ARBOLEDA
4. *Callar* — CARLOS ALBERTO LLERAS
6. MISCELÁNEA — L. D.

Administrador:

**Manuel Gutiérrez González**

La Dolorosa

Imprenta Greñas

# Manifiesto

DE LOS DIRECTORES DE LA REVISTA "POLÍTICA",  
FRANCISCO COPPOLA Y ALFREDO ROCCA,

Roma, 15 de diciembre de 1918.

*Traducción de L. Pascarella, notas de Elías  
Jiménez Rojas.*

## I

El historiador futuro que podrá juzgar mejor que nosotros, actores y espectadores directos, los grandes acontecimientos de estos cuatro años, no se dará cuenta fácilmente de la contradicción que ha dominado desde los comienzos al fin, acentuándose y agravándose durante la guerra, la contradicción entre el carácter substancial del gran conflicto, y cómo fué concebido y ejecutado por la inmensa mayoría de quienes tomaron parte, es decir, entre la realidad de la guerra y la ideología de la guerra.

El conflicto mundial cuyo origen debióse al *ultimátum* de Austria a Serbia en julio de 1914, y su terminación efectiva por la capitulación de Austria ante Italia victoriosa el 3 de noviembre de 1918, ha sido, indudablemente, un episodio grandioso y terrible, pero no nue-

vo ni último, de la eterna lucha de los pueblos por la existencia y por el dominio. Basta remontarse a los orígenes y a las razones profundas de la guerra, para convencerse. La lucha entre el germanismo ya dominante en la cuenca del Danubio, donde dirigía la vida política y económica de los diversos pueblos sujetos a la monarquía austro-húngara, y el eslavismo triunfante en buena parte de Asia y los Balcanes, fué la causa determinante de la conflagración. A la misma se debe el *ultimátum* austriaco, la intervención de Rusia, protectora de los pueblos eslavos, y la solidaridad tudesca con Austria Hungría en la preparación diplomática y militar de la guerra.

La lucha entre el imperialismo germánico, macizo, pesado, teórico, sin sentido histórico y político, insatisfecho y por lo tanto agresivo, y el imperialismo inglés, ágil, lleno de experiencia y de sentido práctico y, por lo tanto, conservador y pacífico, fué la razón fundamental que puso a Alemania frente a Inglaterra y determinó la intervención del imperio británico, con todo el peso de su desmesurada fuerza. Del mismo modo, la lucha secular entre franceses y germanos que culminó en largas guerras

entre Francia y Austria, cuando el Imperio de los Habsburgos fué el mayor exponente de la potencia tudesca; entre Francia y Prusia, entre Francia y Germania, cuando la hegemonía del mundo germánico pasó de Austria a Prusia y al imperio tudesco, explica suficientemente el carácter de la participación francesa en la guerra.

Causas más complejas tuvo la intervención italiana, si bien fué específicamente determinada por el conflicto secular entre italianidad y germanismo, entre italianidad y eslavismo, representados respectivamente sobre los Alpes y en el Adriático, pero que, en el hecho, encontró genéricamente su motivo determinante en la necesidad de la expansión mundial de Italia, que bajo la fuerza de un impulso instintivo, debía inducirla a participar en la lucha de la cual derivaba el nuevo equilibrio del mundo.

Por último, también la participación de América, tuvo su fundamento efectivo en una necesidad nacional e imperial menos inmediata, menos evidente, pero no por eso menos incontestable: la defensa de la expansión y de la existencia futura del gran Imperio Americano, amenazada, especialmente en la América

del Sur, por la hegemonía tudesca, y por la voluntad de preponderar en la política mundial y de invertir, respecto de Europa, la relación de potencia preexistente.

Ahora bien, esta realidad de la sangre que en los primeros tiempos del conflicto y aun en mayo de 1915, en la época de la intervención italiana, era bastante clara, se ha ido obliterando en la opinión pública mundial a medida que la guerra se prolongaba, se complicaba y se hacía más ardua. El gran conflicto, que consistía especialmente en la lucha por la existencia y por el dominio del mundo, se transformó, cada vez más, en los escritos, en los discursos, y hasta en documentos oficiales, en un contraste de doctrinas y de concesiones políticas, en una lucha entre la "democracia" y la "autocracia", entre la idea pacifista y el "militarismo". La opinión pública fué especialmente excitada contra el imperialismo en general y no contra el imperialismo alemán, olvidando que cuatro de las naciones de la Entente, Inglaterra, Francia, América y Rusia, eran precisamente, inmensos imperios que luchaban por su conservación y por su expansión.

Esta concepción culminó en la polé-

mica que se produjo entre los ministros de relaciones exteriores americano y alemán, después que Alemania solicitó el armisticio. En esa polémica pareció que el propósito esencial de la guerra se hubiese convertido en la democratización de Alemania, como si millones de hombres se hubiesen hecho matar durante cuatro años al solo efecto de convertir al enemigo a la fe de "los inmortales principios".

Este extraño contraste entre la realidad de la guerra y la ideología de la guerra, es el producto de causas múltiples y complejas. En primer lugar influyó ciertamente la larga corrupción ideológica que desde hace más de un siglo venía deformando la mentalidad política de los más grandes pueblos. De ahí que, durante la crisis, el instinto ha resurgido y reaccionado, mientras que la inteligencia política ha permanecido sin resistencia. Los pueblos más heroicamente preparados y firmes en la acción y en el sacrificio, se han encontrado impotentes para comprender el significado, el valor, la ley de la grande y tremenda historia que ellos mismos tejían con su dolor, desde que no tenían otros términos para pensarla que los suministra-

dos por la ideología contemporánea, es decir, la ideología antihistórica por excelencia. En segundo término influyó, además, la posición de las dos potencias conductoras de la opinión mundial: Inglaterra y Francia, ambas sobrecargadas de Imperio y, por lo tanto, conservadoras y pacifistas, envueltas en el conflicto por la necesidad de las cosas y no por su libre voluntad, posición que se ajustaba desde el punto de vista internacional, también estático y conservador. Influyó también el instintivo imperialismo espiritual de América, que no poseyendo más tradición intelectual y política que la democrática, estaba naturalmente indicada para imponerla como vehículo de su universal prestigio, al mundo entero. Agréguese, además, que por un miope y simplicísimo cálculo de oportunidad política, los mismos hombres de estado de la Entente, se hicieron pregoneros de la guerra democrática, pacifista, antiimperialista. En resumen, se pensó que el mejor medio para obtener de las masas, los sacrificios individuales necesarios para la victoria, consistía en herir los sentimientos individuales de las multitudes mismas. De aquí deriva toda la fuerza y todo el va-

lor de la ideología democrática. Por último influyeron sobre el mito pacifista y antiguerrero, las persistentes derrotas de la Entente. De ahí que, siendo el mejor testimonio y la prueba de la menor fuerza de la coalición, surgió espontáneo el llamamiento a otro elemento que, aparte de la fuerza, pudiese dar la victoria. De ahí derivó también la absurda concepción de la guerra antimilitarista, porque las naciones como los individuos nada odian tanto como las cosas que no saben hacer. Por la misma razón vemos hoy a la Alemania vencida convertirse en pacifista. *La ideología democrática es, por definición, la ideología de la derrota.*

Esta mentalidad hizo más larga, más dura, más sangrienta la derrota, y ya al pacifismo de los gobiernos, de los parlamentos, de la opinión pública antigüerrera, las naciones de la Entente, deben su parcial o total impreparación bélica que originó los éxitos iniciales de sus enemigos, tan duramente descontados durante el conflicto, que dió tiempo a los imperios centrales de aplastar y disolver a Rusia, que creó en Bulgaria y en Turquía la ilusión de la superioridad tudesca, determinando su interven-

ción. Porque digan lo que quieran, los apologistas de la debilidad, la verdad es esta: la fuerza no estaba de parte de Alemania y de Austria, sino de los aliados, siempre que sea verdad que 140 millones de hombres aislados del mundo, deban considerarse menos fuertes que 1.000 millones, con los recursos del mundo entero a su disposición. Pero la cuestión está en que las fuerzas sobrantes de la Entente eran mal utilizadas, por causas geográficas, políticas y morales, y, sobre todo, por la mentalidad antibélica que en ella predominaba. Esta mentalidad impidió que se requiriese, desde los comienzos, de los respectivos pueblos, todos los duros sacrificios para la victoria; que la guerra fuese conducida con la despiadada energía inseparable de la idea misma de la guerra; que se aplastasen rápida y definitivamente, todas las fuerzas que por intereses de partido o de clase minaban la resistencia interna. A esta mentalidad dudosa, temerosa, muelle, paralítica, Inglaterra, Francia e Italia deben muchas centenas de millares de muertos y muchos millones gastados.

Y, si no se produce un saludable despertar en la opinión pública occidental,

muchos daños y peligros se van preparando a los pueblos de la Entente. Ya sus enemigos vencidos han comenzado a utilizarlos como el medio más eficaz para sustraerse a las consecuencias de la derrota. Impotentes para combatir con las armas, ellos se batirán con la dialéctica wilsoniana sustrayéndole a los vencedores, en el campo diplomático, lo que han ganado en el campo de batalla. Este peligro abarca a todos los pueblos de la Entente. Inglaterra está amenazada en su secular dominio marítimo por el principio de la libertad de los mares; a Francia se le prepara la vecindad de un Estado de 80 millones; pero ataca sobre todo a Italia, que en virtud de la astucia de sus seculares enemigos, que hasta ayer se llamaban austriacos y hoy yugo-eslavos y tirolese, y más aún, quizá, por la miopía de sus mismos aliados, ve puestos en duda los frutos de sus esfuerzos, de sus sacrificios inauditos, de su indomable tenacidad. Y los ve puestos en duda, precisamente, en nombre de aquella ideología democrática, antiimperialista, igualitaria, que sus enemigos y sus amigos intentan desencadenar como el arma más formidable y decisiva. Tampoco resulta de poca monta

el efecto debilitante de la tímida y viscosa mentalidad democrática frente al contagio bolsheviki. Fundada sobre el individualismo disolvente, que el mundo moderno ha heredado de la disgregación medioeval, la ideología democrática, resulta apropiada para determinar en el ambiente en que predomina, un estado de mínima resistencia, frente a la anarquía maximalista, que, en definitiva, no es sino la última expresión del más desenfrenado individualismo. Y, en realidad, en todos los tiempos y lugares, el democraticismo impotente constituye la vanguardia de la anarquía. Kerensky ha precedido a Lenine.

## II

Es necesario resistir y reaccionar contra la difusión de semejante mentalidad. Afortunadamente ya el instinto de conservación de los grandes pueblos de la Entente, amenazados en los frutos mismos de su victoria, ha iniciado activamente una reacción en el campo de los hechos. En Inglaterra, la opinión pública ha manifestado por signos inequívocos, que no consentirá a ninguno, amigo o enemigo, de poner en tela de juicio con la libertad de los mares, la supremacía

marítima del imperio británico. En Francia, la hostilidad contra la Alemania democratizada, no es menos grande que contra la Alemania absolutista y feudal, y el principio de la nacionalidad se hace muy bellamente a un lado, cuando se trata de impedir la anexión al antiguo imperio, de diez millones de alemanes austriacos. En Italia, los curiales de la "política de nacionalidad" callan frente a la explosión de universal desdén suscitado por la tentativa de los yugo-eslavos de perpetuar en nombre del principio de la nacionalidad un dominio extranjero en la otra orilla del Adriático, nuestra por milenaria tradición, por situación geográfica, por espíritu y por cultura: pero, sobre todo, *indispensable para nuestra seguridad y para nuestra expansión.*

Es necesario que este movimiento se acelere, se ensanche, se convierta en sistema orgánico de ideas y se transforme en consciente acto volitivo; y para esto hay que afrontar y vencer formaciones mentales que se remontan a la lejana edad media.

Derivada en efecto, la ideología democrática, del movimiento intelectual que suele llamarse "filosofía de la Revolución

Francesa", tiene, en realidad, orígenes más remotos, y debe referirse como concepción social y política a las corrientes de pensamiento que determinaron y acompañaron el movimiento de la Reforma protestante en Germania y de allí se difundieron en Inglaterra en el siglo XVII, en América en el XVIII, de donde vinieron a Francia que las impuso a Europa, mediante el prestigio de sus armas victoriosas. Esta ideología eminentemente individualista, es, por lo tanto, el fruto del milenario individualismo de los germanos, que después de haber chocado durante muchos siglos contra la admirable organización política romana, terminó por sumergirla, no por la fuerza de las armas, sino por la persistente acción disgregatriz ejercida en el seno del Imperio, ya minado por la formidable fuerza disolvente del cristianismo primitivo. Derrumbado el imperio romano bajo la acción concurrente de estas dos fuerzas, en la universal disgregación política que siguió durante muchos siglos que nosotros conocemos con el nombre de Edad Media, triunfó aquel espíritu individualista antisocial y antiestatual que la reciente reconstrucción política originada por obra de los gran-

des estados nacionales, no consiguió eliminar, y a lo que debemos en buena parte el reflorecimiento de la vieja mentalidad medioeval, individualista y por lo mismo universalista, que se oculta bajo las nuevas fórmulas de la ideología liberal y democrática. (1)

*La persistente y siempre renovada fortuna del individualismo* disolvente, no puede sorprendernos, (2) porque si en el hombre el sentimiento de la sociedad es fundamental y uno de los aspectos esenciales del instinto de conservación de la especie, también fundamental es el instinto de conservación y bienestar individual; pero mientras en el orden de la naturaleza, los dos sentimientos se armonizan en el ineluctable predominio del primero, en la vida de las sociedades humanas sucede, a menudo, que el sentimiento de bienestar individual se intensifica, se convierte en predominante y sojuzga el de la conservación de la especie. Es el fenómeno que señala y acom-

---

(1) Las ideas expuestas en este manifiesto son generalmente atribuidas particularmente a Gumpłowicz; pero no son pocos los escritores italianos que reclaman para su patria "la gloria" de ellas.

(2) La persistente y siempre renovada fortuna del individualismo es argumento de mucho precio en favor de la concepción liberal democrática. El lector despreocupado notará aquí y en muchos otros pasajes cómo se desbaratan a sí mismos los escritores italianos en su rebuza de una fórmula imperialista que sea ante todo HISTÓRICA.

pañña la decadencia y el fin de las sociedades y de las razas; que produce en el orden demográfico, la disminución voluntaria de los nacimientos y la despoblación; en el orden económico el abandono de las tierras y el latifundio; en el orden militar la repugnancia hacia las armas; en el orden político interno, la desorganización del Estado, la tiranía de los grupos y la demagogia; en el orden político internacional, el hueco humanitarismo y universalismo en el cual, renunciando a su función esencial, se disuelve el instinto de conservación y de expansión de los pueblos.

Hoy no hemos llegado todavía a este punto; pero a él nos encaminábamnos, en el momento en que estalló la gran guerra, que provocada por un cálculo errado de Alemania, *ha salvado probablemente a las naciones occidentales, Inglaterra, Francia e Italia, de la decadencia inminente.* La larga, dura y sangrienta prueba, ha creado desde luego, en el seno de la sociedad occidental, nuevos medios de resistencia contra la degeneración del sentimiento individualista, despertando el sentimiento de la sociabilidad, el instinto de la conservación de la especie.

Ahora bien, transformar el sentimiento oscuro e instintivo en doctrina y voluntad conscientes, tales es el propósito de esta Revista. Propósito esencialmente espiritual e intelectual, propósito dirigido mucho más a crear en el público un estado de conciencia y de cultura anti-téticos al difundido por la ideología liberal democrática y no a propugnar por el cambio de instituciones y regímenes políticos. Estamos convencidos de que en la realidad política y social, la forma es nada, el espíritu es todo. Existen pueblos regidos por formas autoritarias y sin embargo el espíritu individualista y disolvente, y la cultura ultra-democrática, han rebasado la organización estatal hasta convertirlos en impotentes y paralíticos. La Rusia zarista, por ejemplo, encerraba en su seno los gérmenes de la anarquía maximalista. Al contrario, hay el ejemplo de pueblos cuyas instituciones son democráticas en el sentido de que el poder supremo reside, por lo menos en el momento de elegir el jefe del Estado, en la mitad más uno de sus ciudadanos, pero cuyo espíritu es tan disciplinado y orgánico, cuya conciencia de los fines históricos de su propio país es tan madura, que rinde factible una

política que es la negación práctica de la ideología democrática. Tal es el caso de los Estados Unidos, cuya conciencia de la misión histórica es tan profunda y difundida, que determinará una política inspirada en el más vasto y duradero imperialismo que recuerde la historia.

### III

En la obra de reconstrucción espiritual que nos proponemos, ante todo conviene restaurar la idea de relación entre sociedad e individuo. La sociedad no es, como enseña la filosofía política democrática-liberal, una simple suma de individuos que se resuelve en sus elementos constitutivos, sino un organismo que tiene existencia y fines completamente distintos del de cada uno de sus componentes.

La ideología liberal democrática, en nombre de la igualdad entre todos los hombres, desea en el interior la abolición de la jerarquía social y en el exterior la paz perpetua; los estados unidos del mundo. En otras palabras, tiende a la desorganización, es decir, a la disolución de las sociedades históricas y por lo tanto, de la única realidad existente, para sustituirla por una sociedad hipotética que hoy se encuentra fuera de la

realidad y mañana estará fuera de la posibilidad, desde que suprimir la distinción, la concurrencia y la lucha entre las diversas sociedades humanas, significa no sólo suprimir la vida de cada una de las sociedades, sino la vida misma de la humanidad, que se origina justamente de su equilibrio dinámico. La lucha constituye la ley fundamental de la vida de los organismos sociales; por medio de la lucha se forman, se consolidan y se perfeccionan; por medio de la lucha los más sanos, los de mayor vitalidad se afirman frente a los más débiles y menos adaptados; por medio de la lucha se cumple la evolución de los pueblos y de las razas. De ahí que a la fórmula de la ideología democrática—igualdad entre los individuos, lo que significa abolición de las jerarquías sociales y desorganización interna; igualdad entre los pueblos, lo que significa paz perpetua e inmovilidad externa—nosotros oponemos esta fórmula: disciplina de la desigualdad, y, por lo tanto, jerarquía y organización interna; libre concurrencia y lucha entre los pueblos para que entre los desiguales se afirmen los más preparados y los más aptos a la función universal asignada a cada pueblo fuerte

y capaz de la evolución de la civilización. (1)

De este modo, todas las formas de la lucha, desde la concurrencia económica y política a las violentas de la lucha armada que constituye en los casos extremos la última *ratio* a que cada pueblo tiene derecho, y el deber de recurrir, caben al exterior, en tanto que la paz interna se asegura mediante la disciplina, el orden y la jerarquía. Es así como se sirve la causa de la paz compatible con la vida y el desarrollo social. A medida que una sociedad se consolida interiormente, ensancha su expansión y expande su dominio introduciendo la lucha en un territorio más vasto. El mejor medio de garantizar la paz consiste en ampliar siempre el campo donde impera una única organización social, una sola disciplina, una sola autoridad. (2)

---

(1) ¿Qué entenderán los autores por *libre concurrencia*? ¿Y qué, por *disciplina de la desigualdad*? Justamente basándose en la concepción del equilibrio dinámico de la vida, pide la *ideología liberal* la IGUALDAD DE CONDICIONES SOCIALES entre los individuos y los pueblos, a fin de que ninguna barrera facticia se oponga al proceso de diferenciación natural cuyo resultado es la máxima DESIGUALDAD FUNCIONAL entre individuos y pueblos.

Lo que los Autores llaman disciplina de la desigualdad es precisamente disciplina de igualdad, de conflicto, de aniquilamiento de fuerzas, de muerte.

Desigualdad funcional, armonía, LIBRE CONCURRENCIA, equilibrio dinámico, paz, vida, son cosas que van juntas.

---

(2) ¿Comprende el lector lo que se llama "disciplina de la desigualdad"? Es la fórmula de la guerra externa y de la paz interna; paz

Determinado y dominado por esta ineluctable ley de la vida, ha nacido el Estado, el cual no puede como la ideología liberal democrática desearía, separarse de la sociedad para identificarse, ora con los órganos de la soberanía, ora con la clase política de que deriva o, por fin, con los individuos que la ejercitan. El Estado no es más que la sociedad que se organiza bajo un poder supremo: constituye la forma necesaria e histórica de la vida social, forma de duración indefinida frente al transitorio valor del individuo. Hé ahí por qué nuestra concepción del Estado es orgánica, dinámica e histórica, mientras la concepción liberal democrática es mecánica, estática y antihistórica. Hé ahí por qué también sólo en ella encuentran su puesto lógico y necesario todas las instituciones y todos los fenómenos en que el individuo aparece en su función de instrumento, en órgano de los fines del Estado, entre los cuales el primero es la guerra que exige del individuo el supremo sacrificio. La misma idea de libertad, concebida por la teoría liberal como un derecho natural e ilimitado del individuo frente al Estado, encuentra su fun-

---

garantizada en virtud de la ampliación incesante del "campo donde impera una ÚNICA ORGANIZACIÓN SOCIAL, UNA SOLA DISCIPLINA, UNA SOLA AUTORIDAD." (!)

damento en la voluntad del Estado mismo que es el primero y más directamente interesado en garantizar a los individuos las condiciones de un orgánico-desarrollo de su propia personalidad. Y de ahí también que al principio democrático e individualista de la soberanía de las multitudes, la *soberanía popular*, se contrapone el concepto del *gobierno de los más aptos*, o sea de quienes por tradición, por cultura, por posición social, se encuentran en grado de elevarse por sobre los intereses contingentes de la generación a que pertenecen, y de discernir y realizar los grandes intereses históricos del Estado. (3)

---

(3) El concepto del *gobierno de los más aptos* no se contrapone al principio de la soberanía popular. A este principio se contrapone únicamente el antropomorfismo infantil de quien crea todavía a estas horas que hay un Dios personal que pone DIRECTAMENTE reyes o presidentes.

Entre los que aceptan el principio de la soberanía popular, no hay quien no quiera el gobierno de los más aptos. El desacuerdo existe sólo en cuanto a la manera de escoger el pueblo a los más aptos, preconizando unos el sufragio universal, restringiéndolo otros según reglas fijas; pidiendo unos la forma más directa posible, mientras otros estamos por la forma más indirecta posible; ideando los unos colegios que se constituyen para votar, mientras los otros reclamamos que la *función de elegir* no pueda ser ejercitada sino por colegios homogéneos, pre-existentes relativamente a dicha función, que no se organizan para votar, sino que votan por existir ya organizados de antemano desempeñando un papel definido: docente, artístico, industrial, comercial, religioso, militar, etc.

Lo que es un contrasentido es precisamente el concepto del gobierno de los más aptos en el *campo donde impera una sola autoridad*.

El genuino individualista es el enemigo más exaltado de la *democracia considerada como el gobierno de la mayoría numérica*. Ya J. Stuart Mill, el más ilustre quizá de los viejos individualistas ingleses, decía: "Ahí donde las fuerzas de la sociedad obran en una sola

Todos, entonces, gobernantes y ciudadanos, aquéllos en la acción dirigente, éstos en posición subordinada, pero no menos importante, son órganos activos de la vida del Estado. Servir al Estado constituye el deber de todos, pero también en beneficio del interés de todos. Más fuerte, más poderoso, más rico es el Estado, más alta, más próspera, es la vida de los ciudadanos: "civis romanus sum".

Esencialmente distintas son, en cambio, las relaciones entre el Estado y los otros Estados. Estas relaciones no son de coordinación y subordinación, sino de concurrencia y de lucha. Cada Estado persigue fines propios y debe conseguirlos con sus propias fuerzas, y la fuerza de que cada Estado dispone, constituye el límite de los objetivos que puede proponerse y conseguir. La ley de la justicia internacional se formula a cada uno según su poder. Empleamos los términos fuerza y poder en su

---

dirección, las justas reivindicaciones del individuo están en peligro extremo. El poder de la mayoría es saludable mientras es usado defensivamente, y no ofensivamente; mientras su ejercicio es temperado por el respeto hacia la personalidad del individuo y por la deferencia hacia la superioridad de la inteligencia cultivada". Y G. Grote—que podría llamarse condiscípulo de Stuart Mill,—escribió en 1867: "He sobrevivido, a propósito de los Estados Unidos, a mi fe en la eficacia del gobierno republicano considerado como freno de las vulgares pasiones de una mayoría de la nación, y RECONOZCO QUE EL PODER SUPREMO COLOCADO EN SUS MANOS PUEDE SER EJERCIDO EXACTAMENTE COMO LO HICIERA UN DESPOTA tal cual el primer Napoleón".

sentido más amplio, comprendiendo, en consecuencia, no solamente las fuerzas materiales, vale decir la población, la riqueza, los armamentos, sino también las espirituales, como la voluntad, la cohesión interior, la disciplina, la superioridad intelectual en el campo de la ciencia, del arte, de la técnica, y sobre todo la capacidad de comprender el alma de los otros pueblos, esa sensación de lo relativo, la intuición de la oportunidad, esa aptitud para conocerse y efectuar la auto-crítica, y que en conjunto constituyen la inteligencia política, suprema virtud de los pueblos destinados al imperio, que los romanos tuvieron en alto grado como los modernos británicos y cuya ausencia ha determinado en la guerra actual la ruina de la potencia germánica.

Presentarse, pues, fuerte, fuerte en todos los campos, es el deber del Estado, y su función especial, por cuanto la antinomia que la ideología democrática se ha complacido de crear entre el derecho y la fuerza no existe. No existe en el campo interno, donde el derecho consiste en el interés amparado por el ordenamiento jurídico, es decir, por la fuerza del Estado, y por lo tanto la fuerza se nos presenta como el elemento esencial del derecho.

Tampoco puede referirse al terreno internacional, donde también se entiende por derecho todo interés del Estado que contiene en sí la fuerza material y espiritual suficiente para hacerse valer. Aun aquí la fuerza es un elemento constitutivo del derecho, solamente que, en este caso, no emana de un sujeto extraño al interés: es la fuerza del Estado mismo de cuyo interés se trata. Y es natural que así sea, desde que si en las relaciones internas existe un organismo superior, el Estado, que se interpone entre los individuos para administrar justicia, en las relaciones internacionales, cada Estado debe hacerse justicia por sí mismo, (1) desde que no existe, y es inconcebible que exista ningún órgano superior al Estado que pueda hacerle justicia.

Esta idea, Estado-fuerza, que la general ignorancia denomina hoy tudesca o prusiana, es genuinamente latina e italiana, y empalma directamente con la tradición intelectual romana que Machiavelo renovó en su filosofía política, en su filosofía histórica, y los economistas meridionales, ignorados y olvidados, en su crítica de la revolución francesa.

No basta que los alemanes, material-

---

(1) ¿Qué significará hacerse justicia por sí mismo?

zándola la hayan teóricamente mal comprendido y prácticamente mal aplicado, para que nosotros la repudiemos después de haberla olvidado, bajo el influjo de ideologías extranjeras.

Muy al contrario: nuestro deber de italianos nos obliga a reivindicarla en su origen y en su forma y traducirla en acción con aquella sabiduría política que ha sido siempre a través de los siglos el atributo genial de nuestra estirpe.

#### IV

Del mismo modo, en la teoría del progreso indefinido, propia de la ideología democrática, una de las leyes fatales de la historia, sería la evolución de la vida social de formas restringidas a formas progresivamente más amplias, llegándose así a la consecuencia optimista de que ampliándose cada vez más la organización social, deberá llegarse a la formación de un Estado que comprenderá la Humanidad entera. Esta también es una hipótesis que nada autoriza a tomar en serio. La experiencia histórica prueba que a épocas de vastas organizaciones sociales han sucedido otras de desmenuzamiento de la soberanía. Es lo que sucedió en la Edad Media, que al fragmentarse un vastísimo imperio en

una multitud de pequeñas organizaciones, predominó como en la época helénica, el Estado-ciudad. Por lo demás, el origen de todos los Estados nos demuestra que una organización social no se extiende a otras organizaciones, sino por vía de absorción, es decir, de conquista, pero siempre bajo la presión del hecho bélico, o para defenderse contra un enemigo común.

No hay ejemplo de que se hayan constituido Estados por la prédica de los ideólogos o por amor a la simetría, y de ahí que, la única posibilidad de que la Humanidad se concentre en una sola organización, consiste en la eventual lucha interplanetaria entre los habitantes de la Tierra y de Marte o Venus.

Lo que la historia nos enseña es muy diverso. Consiste en que todos los tiempos ofrecen determinadas formas de organización política como predominantes en los pueblos más civilizados. Así, en el mundo griego y en la época medioeval predominó el Estado-ciudad; en la Época Moderna, el Estado-nación, y en la contemporánea, predomina el imperio.

Hasta hace poco el Estado-nación aparecía como la forma más vasta y perfecta de organización social. Perfecta, porque la creíamos homogénea, es decir, compuesta

de gentes que, por la identidad de su origen y más aún por la unidad de las tradiciones, de las costumbres, de la lengua, de la religión, por la sustancial unidad geográfica del territorio habitado, por la comunidad de las necesidades y de los intereses, desde hace tiempo, han conquistado la conciencia de constituir un organismo social: la Nación. Por muchos siglos los Estados que sobrevivieron a los demás por su fuerza y su prosperidad, fueron Estados nacionales: España, Francia, Inglaterra. Las naciones que no habían conseguido constituirse en Estado, como Italia y Alemania, languidecían en una condición de inferioridad política, económica y moral. Por otra parte, las tentativas de ampliar el Estado más allá de los límites de la nación fracasaban uno tras otro: cayó el imperio colonial español, el portugués, el holandés, y hasta el inglés fué puesto en peligro por la independencia de las colonias de América. Hacia la mitad del siglo XIX triunfó el Estado-nación.

Esta guerra llevada a cabo en nombre de la nacionalidad, contra el imperialismo, constituye precisamente la crisis violenta por la cual a la civilización y al equilibrio de tipo nacional, le sucederá en el mundo la civilización tipo imperial. La evolución

que comenzó a determinarse hace un siglo, se cumplirá bajo nuestros ojos. Es una evolución democrática, en el sentido de que son los pueblos mismos quienes se convierten en protagonistas del drama mundial, pero en "evolución imperial".

Y hé ahí también que en esa guerra "democrática" se diseñan cinco grandes imperios: el Británico, los Estados Unidos, Japón, Francia y Rusia, a pesar del maximalismo. En tales condiciones, cada italiano, que por rudimentaria conciencia nacional o por excesiva ingenuidad, no se ha dejado dominar por la retórica anti-imperialista, bajo la cual se esconderían los imperialistas extrajeros, debe constatar con legítima preocupación que uno solo de los grandes países victoriosos corre el riesgo de concluir sin un grande imperio: "Italia".

Es decir, corre el riesgo de quedar rezagada como hacia el final del siglo XIV, y si no reacciona a tiempo contra su tradicional principio de la nacionalidad, se encontrará como un peso muerto frente a las nuevas necesidades históricas, expuesta a desaparecer envuelta por los vastos organismos imperiales que se van transformando a su alrededor.

No le sucederá si también ella, como todos los grandes Estados del mundo, ad-

quiere la conciencia de la verdad, puesta más en claro si cabe, por la guerra, que, determinada por ineluctables razones históricas, políticas, demográficas, económicas y sociales, la lucha imperial se transforma en la ley férrea que a ninguna nación le es dado renegar sin sucumbir, y que a todas y a cada una impone la obligación de medir y de adaptar la propia vida, las propias energías y todos sus órganos a la misma necesidad.

Esta verdad central es la medida única de todos los valores positivos. De ahí que la política exterior sea la política por excelencia. La política interna debe restaurar la idea y la autoridad del Estado y asegurar la cohesión y la disciplina interior de la nación; la política militar debe preparar y disciplinar la fuerza directa; la política económica debe favorecer, desarrollar y proteger la producción y los cambios, defenderlos en el mercado interno y ayudar a la conquista de los mercados externos, convirtiéndolos en garantías de independencia e instrumento de expansión; la política social, a la lucha de clases en la solidaridad internacional, debe sustituir la solidaridad de clases en la lucha internacional, cuyo instrumento más perfecto es el sindicato; la política cultural debe hacer

a la nación consciente de su genio y de su tradición y de la necesidad de defenderlos y de imponerlos en la civilización mundial; la política religiosa, con la concepción positiva y activa de la soberanía del Estado, abandonando el agnóstico desinterés del viejo doctrinarismo liberal, debe reconstruir la unidad espiritual de la nación para transformarla en fuerza de cohesión interna y de expansión externa, misión esencial para Italia, puesto que salvado de hecho el entredicho ya histórico, entre el Estado y la Iglesia, no puede ni debe olvidar ni descuidar la posición privilegiada que le deriva por ser italiana en los órganos, en el espíritu, en las tradiciones, la iglesia católica, es decir, la institución que goza aún del mayor prestigio universal y de la mayor universal fuerza de expansión. Todo este conjunto debe constituir las diversas facetas o mejor dicho, los diversos momentos de la organización nacional en la lucha por la conquista del mundo.

Sin embargo, todo solicita a Italia al cumplimiento de su misión imperial: la tradición de Roma, de Venecia y de Génova; el genio político de la raza que la ha hecho siempre maestra en el arte de gobernar a los pueblos; la situación geográfica que la une a la Europa continental, mien-

tras desde el centro domina toda la cuenca del Mediterráneo, donde vuelve hoy a pulsar el corazón de tres continentes.

Aquí está el deber, aquí está la misión de Italia. Como lo demuestra la historia, cada vez que en esta península fatal ha vuelto la vida y se ha constituido en unidad étnica y política, la férrea necesidad de las cosas la obliga a transponer sus límites hacia aquel mar de los tres continentes y a las playas que el mismo baña, a que la llaman una vocación natural e histórica superior a toda fuerza y a cualquier voluntad que se le oponga. (1)

(1) Una simple pregunta devolverá la serenidad al lector cuyas convicciones hayan sido conmovidas por el "manifiesto" precedente. Dígase: Sé—siquiera vagamente--qué es un individuo; sé qué es una nación coherente por unidad geográfica, por unidad de lengua, por unidad de intereses; sé qué es una sociedad de naciones; lo que no sé es cómo se define un imperio. Y pregunte al Gumpłowicz o Coppola o Rocco que tenga enfrente: ¿CUALES SON LOS LIMITES DE UN IMPERIO? Ningunos, le será respondido. La ley del imperio es CRECER. Crecer... hasta reventar. ¡La ley de la pompa de jabón!

Así, pues, el resultado del imperialismo es la supresión de los imperios. Y lo prueba esa misma experiencia histórica en que creen poder apoyarse los autores del manifiesto.

El equilibrio natural entre el individualismo y el socialismo—tomados estos dos términos en su sentido filosófico—es un equilibrio estable que no puede romperse, que es precisa condición de vida, y hace que todo individualismo y todo socialismo bien entendidos coincidan exactamente en sus conclusiones: que no existe sociedad sin individuos ni perfecta individualidad sin sociedad. "La sociedad está de tal modo constituida que trabajando por nuestra felicidad particular, trabajamos por la felicidad general."

En un mismo individuo, no hay solidaridad orgánica o armonía que se manifieste más clara y admirablemente que la del cerebro y la glándula sexual,—órgano el uno de conservación del individuo, y órgano la otra de conservación de la especie.

E. J. R.

## De un discurso reciente *de Guillermo Valencia.*

Escuchad el paradigma japonés: La vida es como una escala gigantesca; el que no anhela subir, subir y más continuar subiendo, está muy cerca de ser precipitado; imposible en quietud conservar el sitio, ante el tropel de los que pugnan por arrebatarse las alturas.

Al comenzar el pasado siglo hallaron nuestros padres una revolución que arrancó de cuajo el Feudalismo. Hijos de su tiempo y de su raza, supieron aprovecharla en beneficio de la Patria. Propagáronla ardorosamente; consagráronse a ella; ofrendáronla cuanto tenían, sin escatimar nada, y muchos entre ellos consiguieron el temido honor de sacrificarle la vida; por su actitud audaz, comprensiva, perseverante y generosa tenemos una Patria sus descendientes. Al discurrir un siglo, transformación no menos honda y trascendental, señorea el universo. Las condiciones de lucha son hoy para nosotros incomparablemente más blandas y más fáciles. La obra de las instituciones ha mejorado visiblemente; cúmplenos ahora no hacer nugatorio su recto sentido, ni para su progreso. El sufragio es el alma

de la República: elevémoslo a canon sagrado y purifiquémoslo lealmente con elevación de patriotas y pulcritud de ciudadanos probos. Restauremos a todo trance aquel certamen de desinterés que fueron las funciones cívicas para las primeras generaciones republicanas y evitemos así puedan aplicársenos un día los amargos reproches de un orador suramericano: "La vida pública ha perdido su interés desde que el Parlamento se convirtió en agencia política de la Farsa"; "Nuestros padres creían que la política era el arte de servir al país; sus nietos, más avisados, saben hoy que la verdadera política es el arte de servirse del país".

---

## Párrafos

---

Ha sido y es en efecto demasiado común en nuestra América cortejar la popularidad, aun a costa de la justicia; preferir los evoes! tumultuarios gritados para Nerón por la muchedumbre, a los elogios sombríos tributados a Trajano por la filosofía; pero aquella popularidad efímera que se adquiere con lisonjear las pasiones y dejar impunes los delitos, es, en el hombre público, una prerrogativa tan estéril

como degradante; edificio sin base, que se desmorona y cae tan pronto como la arena movediza sobre que fué construído es empujada por el primer viento; rótulo de gloria escrito sobre pizarra frágil, que borra y hace olvidar el contacto casual de cualquier objeto liviano; planta, en fin, de vanidad, que si puede dar algún momento de satisfacción incompleta, no deja por toda cosecha sino amargo zumo y espinas.

JULIO ARBOLEDA

---

### Callar

Callar cuando el ataque es violento, cuando es hijo de la pasión desmedida, de la envidia o del anhelo de venganza largo tiempo contenido; callar cuando el ataque se hace a una persona culta y respetable, cuando se le convierte en blanco de virulentas diatribas y de cargos apasionados; callar cuando se lucha con armas desiguales; cuando se trata no ya del amigo o del hermano cuya reputación hay que defender, sino de la persona del agredido; callar cuando la propia reputación es cosa ya juzgada por la conciencia social, cuando hay antecedentes que abonan, cuando los móviles de la agresión para nadie son un misterio; callar cuando el agredido no pue-

de mezclarse con la gente del arroyo; callar cuando todo esto sucede, no es aceptar mansamente las injurias irrogadas que no se han merecido; no es consentir en el menoscabo de la propia reputación; no es aprobar la conducta del adversario ni lamer la mano que nos afrenta, ni temor ni cobardía; es apreciar las cosas en lo que valen, es pisotear las ofensas; es cerrar los oídos a los cargos de la cólera, es tener lástima, por lo menos, del agresor; es desprecio de la infamia, es grandeza de alma; es la protesta de las víctimas; la protesta de la verdad y de la justicia; la protesta del derecho; la protesta del caballero que sabe que no es el último que habla el que tiene la razón sino el que la tiene; la protesta del hombre culto contra el yangüés; la protesta del sacerdote; la protesta de Jesucristo ante Herodes y Pilatos; la protesta elocuentísima del silencio: Eso es callar.

CARLOS ALBERTO LLERAS

---

## Miscelánea

—.....  
—¿Colonias escolares veraniegas? ¿No vivimos aquí en pleno verano y en pleno campo desde el 1º de enero hasta el 31 de diciembre?

Pensé, señorita, que Ud. venía a hablar-me de colonias invernales urbanas . . . . De algo así como para disciplinar las mentes de los niños de las escuelas públicas con un poquito de aritmética y de castellano, siquiera durante unos quince días seguidos, a fin de no dar por completamente perdido el curso de 1919.

—Perdone, don Elías, . . . .

—Perdone Ud.

\*

Nuestra situación—la de los demócratas individualistas—es de veras muy difícil desde hace más de medio siglo. Estamos entre dos fuegos: el del imperialismo siempre vivo y el de la democracia wilsoniana cada vez más pujante. “No podemos admitir el poder absoluto de nadie, ni podemos ir a buscar nuestra inspiración en la plaza pública. Para nosotros, la cuestión no es saber qué cosa es popular sino qué cosa es justa y razonable”.

\*

Cuando os suplicaba que fuerais el restaurador de las bellas artes de Grecia, mi ruego no iba hasta pedir os que restablecierais la democracia de Atenas: no amo el gobierno de la canalla.

Voltaire a Federico, 28 de octubre 1773.

# IMPRENTA GREÑAS

CALLE 4<sup>a</sup> S., ENTRE AVENIDAS 4<sup>a</sup> Y 6<sup>a</sup>

**A 125 varas del Parque Central**

IMPRESIONES DE TODA CLASE

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS COMERCIALES

---

---

## Fábrica de velas **LA POLAR**

La que más velas despacha por su buena calidad y la fina atención con que su propietario atiende a su numerosa clientela.

Esta fábrica se ha aumentado para combatir la competencia

Dirección: 100 varas al Sur de la Escuela Mauro Fernández

**Teléfono 126**

- -

**Apartado 756**

**SAN JOSÉ, COSTA RICA**

**CESAREO G. GARCIA**

---

---

## LIBRERIA **TORMO**

**SAN JOSÉ — COSTA RICA**

Av. Central, frente al Banco Mercantil

---

---

**GRAN SURTIDO DE PAPELERIA FINA**

---

---

**LOS MEJORES  
PRODUCTOS DE CARTER**